

ÉTIENNE GILSON

LA FILOSOFÍA EN LA EDAD MEDIA

DESDE LOS ORÍGENES PATRÍSTICOS
HASTA EL FIN DEL SIGLO XIV

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
ARSENIO PACIOS Y SALVADOR CABALLERO

SEGUNDA EDICIÓN



EDITORIAL GREDOS

Una doble condición domina el desarrollo de la filosofía tomista: la distinción entre la razón y la fe, y la necesidad de su concordancia. El ámbito entero de la filosofía proviene exclusivamente de la razón; es decir, que el filósofo no debe admitir nada más que lo que sea accesible a la luz natural y demostrable por sus solos recursos. La teología, por el contrario, se basa en la revelación, o sea, en fin de cuentas, en la autoridad de Dios. Los artículos de la fe son conocimientos de origen sobrenatural, contenidos en fórmulas cuyo sentido no nos es enteramente penetrable, pero que debemos aceptar como tales, aunque no podamos comprenderlos. Así, pues, un filósofo argumenta siempre buscando en la razón los principios de su argumentación; un teólogo argumenta siempre buscando sus principios primeros en la revelación. Delimitados así los dos dominios, es necesario constatar, empero, que ocupan en común un determinado número de posiciones. En primer lugar, la armonía de derecho entre sus conclusiones últimas es cosa cierta, incluso cuando esa armonía no aparezca de hecho. Ni la razón —cuando la usamos correctamente— ni la revelación —puesto que tiene su origen en Dios— pueden engañarnos. Ahora bien, la concordancia de la verdad con la verdad es necesaria. Es, por tanto, cierto que la verdad de la filosofía se ajustaría a la verdad de la revelación por una cadena ininterrumpida de lazos de unión verdaderos e inteligibles, si nuestro espíritu pudiese comprender plenamente los datos de la fe. De aquí resulta que, siempre que una conclusión filosófica contradice al dogma, nos hallamos ante un signo cierto de que tal conclusión es falsa. La razón, debidamente advertida, tiene que criticarse en seguida a sí misma y encontrar el punto en que se ha producido el error. También se deduce de aquí que la imposibilidad en que nos hallamos de tratar a la filosofía y a la teología con un método único, no nos impide considerarlas como formando idealmente una sola verdad total. Por el contrario, tenemos el deber de llevar lo más lejos posible la interpretación racional de las verdades de la fe, de ascender por la razón hacia la revelación y de volver a descender desde la revelación hacia la razón. Partir del dogma como de un dato, definirlo, desarrollar su contenido, incluso esforzarse —mediante analogías bien escogidas y razones de conveniencia— en mostrar por dónde puede nuestra razón rastrear el sentido del dogma: tal es el objeto de la ciencia sagrada. En cuanto teología, argumenta partiendo de la revelación; y, desde este punto de vista, no tenemos por qué preocuparnos. Pero las cosas suceden de muy distinto modo cuando el trabajo lo hace la razón partiendo de sus propios principios. Así puede determinar ante todo la suerte de las filosofías que contradicen los datos de la fe. Puesto que el desacuerdo en cuestión es un indicio de error, y ya que el error no puede encontrarse en la revelación divina, es necesario que se encuentre en la filosofía. Por tanto, o bien demostraremos que esas filosofías se equivocan, o mostraremos que han querido probar en una materia en que la prueba racional es imposible, y donde, por consiguiente, la decisión debe pertenecer a la fe. En seme-

jante caso, la revelación no interviene más que para señalar el error; pero no lo hace en su nombre, sino exclusivamente en el de la razón.

Una segunda tarea —ésta, positiva y constructiva— incumbe a la filosofía. En las enseñanzas de la Escritura existe el misterio y lo indemostrable, pero también existe lo inteligible y lo demostrable. Ahora bien, es mejor entender que creer, siempre que nos sea permitido elegir. Dios ha dicho: *Ego sum qui sum*. Esta palabra basta para imponer al ignorante la fe en la existencia de Dios; pero no dispensa al metafísico, cuyo objeto propio es el ser en cuanto ser, de buscar qué es lo que semejante fórmula nos enseña acerca de lo que Dios es. Hay, pues, dos teologías específicamente distintas, que, si no se continúan con todo rigor para nuestros espíritus finitos, pueden, al menos, concordar y completarse; la teología revelada, que parte del dogma, y la teología natural, que es elaborada por la razón.

La teología natural no es toda la filosofía; sólo es una parte, o mejor aún, su coronamiento; pero es la parte de la filosofía que Santo Tomás elaboró más profundamente y en la que se manifestó como un genio verdaderamente original. Cuando se trata de física, de fisiología o de meteoros, Santo Tomás no pasa de ser el discípulo de Aristóteles; pero cuando se trata de Dios, de la génesis de las cosas y de su retorno a Dios, Santo Tomás es él mismo. Sabe, por la fe, hacia dónde se dirige y, sin embargo, no progresa sino mediante los recursos de la razón. En esta obra filosófica, la influencia reconocida de la teología es, pues, cierta; y es, con seguridad, la teología la que proporcionará el plan. No porque exista para ello una necesidad intrínseca. Santo Tomás, si hubiese querido, hubiera podido escribir una metafísica, una cosmología, una psicología y una moral concebidas según un plan estrictamente filosófico y partiendo de lo que es más evidente para nuestra razón. Pero es un hecho, y nada más, que sus obras sistemáticas son sumas de teología y que, por consiguiente, la filosofía que exponen nos es ofrecida según el orden teológico. Las primeras cosas que conocemos son las sensibles, pero lo primero que Dios ha revelado es su existencia; así, pues, se comenzará teológicamente por el punto al que, filosóficamente, se llegaría tras una larga preparación. Habrá que suponer, a lo largo del camino, que hay problemas resueltos; pero el caso es que, efectivamente, lo están, y la razón no perderá nada por haber esperado. Añadamos que, incluso desde el punto de vista estrictamente filosófico, esta solución presenta sus ventajas. Suponiendo resuelto el problema total, haciendo como si lo que es más conocido por sí mismo lo fuese también para nuestros espíritus finitos, damos de la filosofía una exposición sintética, cuya profunda concordancia con la realidad no se puede poner en duda. Por eso mismo, la teología natural, así comprendida, nos invita a contemplar el universo tal como es, con Dios como principio y como fin. Vamos, pues, a esbozar, gracias a este giro dado al problema, el sistema del mundo que rigurosamente tendríamos el derecho de establecer si los principios de nuestro conocimiento fuesen al mismo tiempo los principios de las cosas.